

*NECROLOGIA*

**DON JOSE CLARA Y AYATS**

(† el 4 de noviembre de 1958)

**POR**

**JOSE FRANCES**



D. JOSÉ CLARÁ Y AYATS.



FUÉ nada menos que Juan Maragall, cantor de su raza y de su tierra saturado de helenismo, quien definió a este otro gran cantor plástico de su tierra y de su raza, José Clará, en un ditirambo exacto: “Renovado el severo equilibrio aquietador del genio antiguo por una ternura nueva.”

Porque así, clásico y coetáneo, era Clará. La sensibilidad actual animó en él, por magia de su arte, los cánones pretéritos.

José Clará nace en Olot. La jugosa campiña olotina, con sus muelles cadencias del terreno —convulso ayer por la urente furia geológica y cortejado hoy con bucólica dulzura por el ritmo alto y la serena ondulación de sus arboledas—, con su cielo de sutiles diafanidades.

Esta celistia tranquila, las frondas apasionadas de ella, las aguas que la reflejan en sonrientes tersuras azules, y los praderíos de verdor grato a las miradas, han sido y continúan siendo el ejemplo estético que contemplan grandes artistas futuros desde la niñez.

Transcurrida allí toda su adolescencia, en las postrimerías finiseculares del XIX, José Clará abandona la paz geórgica de Olot, atraído por la sugestión tentacular de Francia. Primero en Toulouse y luego en París.

Lógicamente, durante veinte años de convivencia en los talleres franceses y en los Salones parisienses, respirando la extraña atmósfera de sensualismo cerebralista y de intelectualidad demasiado repleta que constituye el hálito del París artístico, las esculturas de Clará —aun conservando sus nativas fragancias mediterráneas— habrían de responder a las modalidades sucesivas de Rodin y sus discípulos, maestro y condiscípulos también de Clará.

Por eso hallamos reminiscencias fraternas de las otras reminiscencias de sus coetáneos franceses: el sentimiento arcaizante, la gracia renacen-

tista y, por último, el retorno al clasicismo helénico, con su divinización un poco impasibilizadora del cuerpo y del espíritu humano.

Pero en José Clará dábase, además, la depuración apasionadamente sensual de la forma.

No era la suya una sensibilidad subalterna la que se ofrecía en los arcaísmos, goticismos, renacentismos y helenismos —a través del francesismo moderno, difícilmente evitable entonces— sucesivos o alternos en José Clará, sino un ansia vital, sujeta, domada por las directrices del pensamiento muy disciplinado y de la acción muy educada por la técnica.

El año 1910 es el que inicia la resonancia universal para José Clará.

Expone en París un conjunto de cuarenta obras y el Estado francés adquiere algunas de ellas para el Museo de Luxemburgo. Obtiene sendas medallas de oro en las Internacionales de Bruselas y de Madrid. Sobre estos éxitos eleva la armonía formal, la gracia tranquila de *La diosa*. Un año antes, en 1909, el boceto de esta figura se titulaba *Enigma* y logró para su autor el título de *Sociétaire de la National de Beaux Arts*; un año después, en 1911, ya laureado el artista con dos medallas de oro, le es otorgado un gran premio especial en Barcelona. Y en 1912 se une a dichas recompensas la primera medalla en la Exposición Internacional de Amsterdam (1).

*La Diosa* es la exaltación férvida de la euritmia femenina.

Toda ella está como recogida en un arrobamiento de belleza, de sana paganía. El mundo antiguo se adivina latente en la caricia dulce de su actitud, en la línea fácil y clara que insinúa y recobra los volúmenes. En

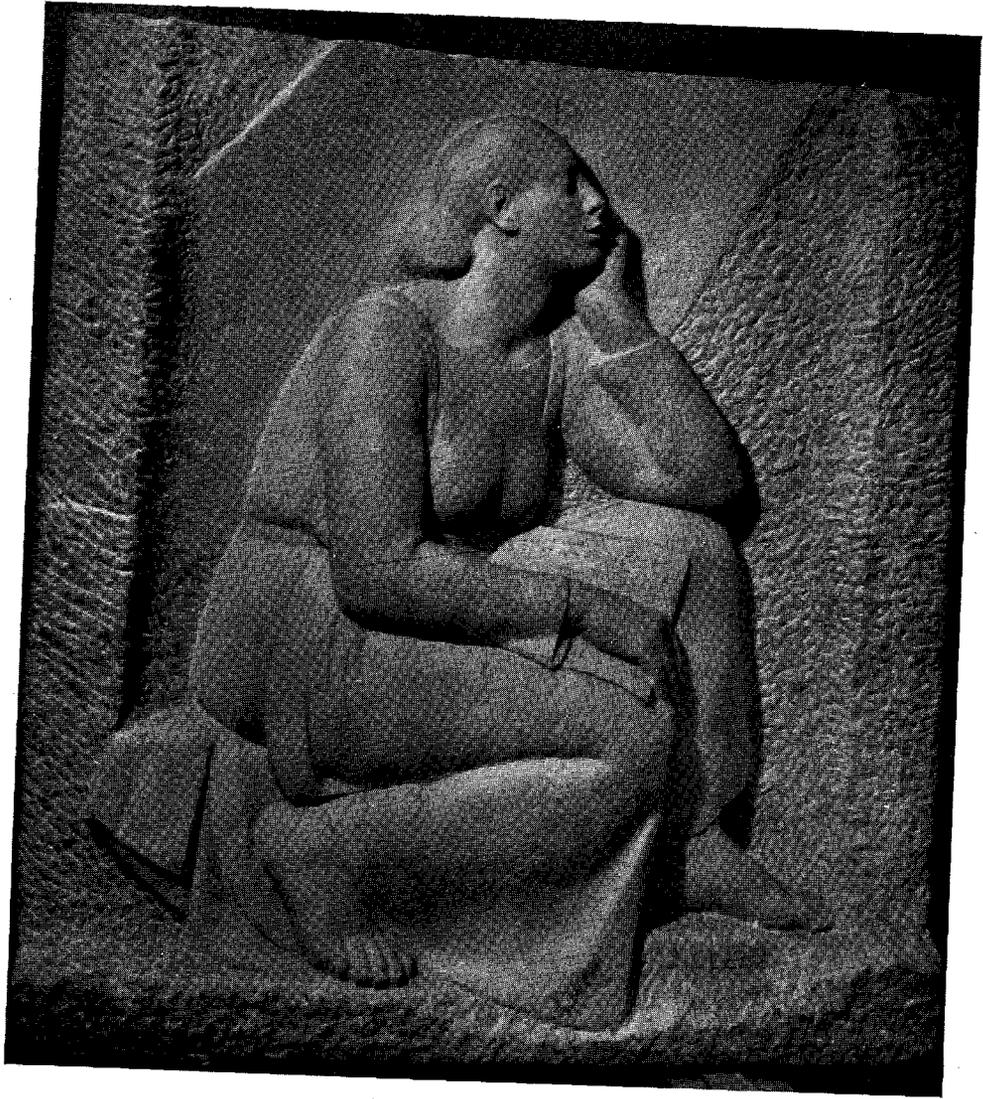
---

(1) Desde entonces, hasta el año mismo de su muerte, el prestigio mundial de José Clará multiplica, pluraliza la creciente serie no interrumpida de lauros y ecoicas resonancias. Es elegido Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando el 2 de febrero de 1925 e ingresa en la Corporación en la sesión solemne de 13 de diciembre del mismo año, donde leyó un discurso sobre el tema *Del Arte Decorativo Moderno*, y donó al Museo la cabeza en bronce *Voluntad*. En la Exposición Internacional de Barcelona, el año 1928-29, se le otorga la Medalla de Honor, la máxima recompensa, votada por unanimidad del Jurado, compuesto de delegados de todas las naciones concurrentes. Y en el año 1958, el Jurado de Directores de las Reales Academias españolas, presidido por el Presidente del Instituto de España, le concede el Premio March de Bellas Artes. Pertenecía como miembro de número a la Real Academia de San Jorge, y lo era también correspondiente de otras Corporaciones españolas y extranjeras.



SAN BENITO

Estatua original de JOSÉ CLARÁ.



Relieve escultórico, original de JOSÉ CLARA, en la tumba del propio artista.

el rostro hay como el ensimismamiento de evocaciones remotas y felices. En la calma íntima con que los miembros se unen sin la menor violencia anatómica, con la sencillez lograda de una poesía en estrofas perfectas, aguarda futura libertad de danza. En el torso, fuerte y delicado a un tiempo mismo —con la comba pomposa de los senos, capaces de amamantar semidioses y héroes—, se siente circular la vida.

Ya, bajo la sombra de laureles, en la fecunda calma de la existencia productiva, imaginamos cómo Clará va depurando más todavía su arte y cómo este recogimiento divino de *La Diosa* va a moverse en el espacio con actitudes bellamente desplazadas; y cómo la armonía extática se cambiará en un dinamismo armonioso.

Y surge otra nueva creación representativa que acusa nuevo hito perdurable en la obra clariana. Crea un gran monumento funerario concretado en una sola figura majestuosa. Un coloso femenino para un recinto plácido, entre mirtos, arrayanes y laureles. Por encima de los secretos ultraterrenos, levantará el bloque, realmente estatuario, cual en los tiempos remotos, cuando la escultura acababa de desgajarse —fruto demasiado maduro ya— de la arquitectura.

Este coloso, concebido para una mortal evocación cristiana de renunciamiento, presenta, sin embargo, su grandioso vitalismo extático y estético en la altura de Montjuich. Me refiero a la estatua *Serenidad*.

Fuerte, severa y dotada al mismo tiempo de esa amplitud formal que caracteriza la fecundidad nutriz, esta matrona, destinada a velar sobre la muerte y con su aspecto sereno de la vida colmada hoy en la altura del aire libre, fué durante un año la granada madurez del arte español en París, y repitió la ejemplaridad en la primavera siguiente en Madrid.

Adviene después de *Serenidad* la figura *La Industria*, con destino al monumento de Alfonso XII, desnudo arrogante, en el concepto de reposada monumentalidad que señala esta época clariana.

El torso, de fuerte carnalidad, de un naturalismo robusto, de avance seguro de su propia energía, culmina en la testa, severamente ruda. Es una rudeza que es además inteligente, como iluminada por su interior

fulgor. Sobre los hombros, ella otea el porvenir, los horizontes conquistables aún.

Clará, en aquel momento, ha llegado también al instante en que un artista puede hacer alto en el camino y contemplar toda su obra pretérita para concebir las normas y los temas futuros.

Diríase que ya son aquéllas las últimas diosas que el artista iba a reencarnar sobre mármoles contemporáneos, como producto de una densa saturación museal y literaria.

En cambio, ya sin secretos del oficio, sin peligros el entusiasmo proselitista que acucia a las juventudes destinadas a salvarse más tarde con expresión y acento popular, el artista va a definir su concepto concreto de lo humano, no el concepto un poco abstracto de la divinidad femenina, como hasta entonces.

No importa se titule *Divinidad* la estatua siguiente. El amable madrigal físico que se contempla en un espejo imaginario. Lo que hay en ella de divino no le llega de siglos o de creencias religiosas. Le es muy suyo, con el encanto sinfónico de la forma; nace, sobre todo, de la palpitación viva de los miembros, expresados en giros espontáneos de la euritmia emotiva.

Por todo ello, como el fruto de una perdurable revelación, ya el arte majestoso y reposado de José Clará será más que nunca, en la interpretación del desnudo femenino, cordialmente, sencillamente, naturalísimamente humano.

A partir de *Serenidad*, la producción de Clará adquiere un matiz más humano y, sin perder su gracia helénica, muestra ansias de cristiano pudor. Son las figuras de mujeres doloridas: *La madre*, *La viuda*; *El soldado herido*, y también el erguimiento, el esfuerzo de voluntad de renovación en la estatua viril del *Voluntario catalán* cuando la primera guerra europea. Vienen luego, como es natural en la reputación de un artista que cada vez amplía más sus horizontes del otro lado de la frontera, los grandes monumentos públicos.

Clará, sin embargo, no fué un escultor de grandes concepciones monu-

mentales, especie de sinfonías escultóricas y anecdotaes. Era, como ya se ha dicho, un escultor de íntima sensibilidad que ennoblecía su concepto fundamentalmente realístico. Un artista, en suma, que realizaba su obra con respeto al natural y con la verdad física, pero con una saturación íntima, profunda, de espiritualidad.

Absorto en la contemplación noblemente obstinada de las infinitas, de las innumerables actitudes que puede tomar el cuerpo humano con instintiva ejemplaridad de belleza, hemos recordado una vez más lo que los dibujos de los grandes escultores pueden y deben significar como una cierta didascalia estética para la mujer. Deben ofrecerse y exaltarse ante las mujeres modernas para recordarles cómo se ha perdido y deformado en parodias grotescas sus movimientos y su enfermizo enflaquecimiento.

¡Ah! Ciertamente, Clará tiene una castidad sana y limpia en sus desnudos, que no tienen nada de común con las actitudes y movimientos, entre obscenos y estúpidos, que dan a las mujeres una sucia torpeza de odalisca, que rectifican monótonamente la estabilidad del torso sobre una y otra pierna a cada paso. O la afectación cargante de las maniqués en las salas de exhibición de los modistos y que sirven para dar a las falsas elegantes la forma de indolencia profundamente ridícula.

No. Nada de ello en esta infinita teoría del cuerpo femenino, libre de artificios y de libertinaje. Todo Clará está en su obra. Su maestría técnica, su depurado intelectualismo, su sensualidad plástica, su angustia reabierto por el deseo de no desaprovechar en lo transitorio la posible permanencia.

La vasta trayectoria de aquel gran artista fué un prolongado y sin desmayo ejercicio de la voluntad. Así lo demostró, hasta pocos días antes de su inesperado fallecimiento, en el relieve que honra su propia tumba, símbolo del esfuerzo tenso desde la tenacidad en el trabajo hasta el deseo legítimo de supervivencia gloriosa después de la muerte.

